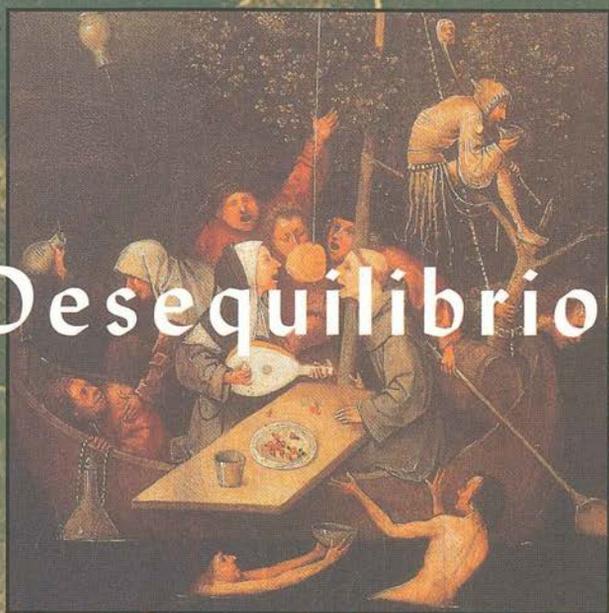


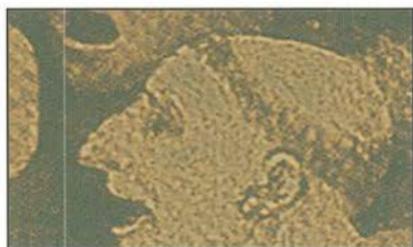
JORGE FRISANCHO

Desequilibrios



Serie Ficciones POESÍA

Pontificia Universidad Católica del Perú - FONDO EDITORIAL 2004



## Jorge Frisancho

(Barcelona, 1967) vive fuera del Perú desde 1991. Ha publicado *Reino de la necesidad* (Lima: AsaltoAlCielo Editores, 1988) y *Estudios sobre un cuerpo* (Lima: Editorial Colmillo Blanco, 1991). En el año 2003, Editorial Eloísa de Buenos Aires publicó, en sus ediciones artesanales, *Antología de Jorge Frisancho*.



Serie Ficciones POESÍA

## Desequilibrios



JORGE FRISANCHO

# Desequilibrios



Pontificia Universidad Católica del Perú - FONDO EDITORIAL 2004

*Desequilibrios*

Primera edición: noviembre de 2004  
500 ejemplares

Responsable de la Serie Ficciones: Estrella Guerra C.  
Diseño de cubierta e interiores: Fiorella Chiappe V.

© Jorge Frisancho, 2004  
Derechos exclusivos en Perú

© 2004 de esta edición:  
Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú  
Plaza Francia 1164  
Lima 1 - Perú  
Teléfonos: 330-7405, 330-7410, 330-7411  
Correo electrónico: <feditor@pucp.edu.pe>

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-669-6  
Hecho el Depósito Legal: 1501052004-8402

Impreso en Perú - Printed in Peru

*Amigos míos,*  
por este tono lunar de bajo tierra  
y con el cuerpo estragado de espinas y poses, voces  
que se anudan en préstamo a la piel  
de la palabra, o a la inversa  
he venido tan lejos para llegar a nada  
y me siento a escribir continuamente  
en los pedazos de un día que no me pertenece  
ni me deja olvidarlo.

*Amigos míos,*  
me he cansado de explorar este centímetro terreno, me he cansado  
de oponerle al vendaval estas canciones pavas  
me he cansado de la negativa  
y estoy ahora al borde de una madrugada  
que seguramente cerrará sus símiles  
en el silencio de la breve página, en el suelo  
de mi lengua natal, en el espejo vacío.

*Porque cuántas veces sorda esta música idiota  
y cuántas veces gris este desequilibrio.*

*Porque cuántas veces cuatro las paredes de la casa  
y cuántas veces verbo el adjetivo  
y cuántas veces tácitos los nombres  
y cuántas veces el pretérito perfecto  
y cuántas veces jaula  
de este incomprensible idioma nuestro  
arrastrado en la garganta, hiriéndola  
y cuánta lejanía.*

*(cuáles horas)*

cuáles horas en tránsito  
si las de estarse quieto en estos interiores  
son las de estarse aquí sobre la móvil silla  
que nos conduce a nada velozmente  
salvo por esa herida bajo el párpado  
salvo por ese cierre  
salvo por la palabra

no estar en ningún lado pero solo en el cuarto  
en el que en qué idioma escribes estas ansias  
quedas huecas sordas palabras prisioneras  
que a nada nos conducen ferozmente  
sino a la ciega órbita metálica  
del ojo de la máquina

pero este estarse aquí profundamente  
es ya no estar allá ni haber estado  
salvo por la memoria que se cierra  
sobre esta misma hora silenciosa  
y en el silencio de la hora hiere  
el párpado con móviles palabras

que están aquí jamás sobre la silla  
que en qué cerrado idioma nos conduce  
a nada finalmente, a cuáles horas

*(identidad)*

quién es qué, y cuándo, y en qué sitio  
sino este opaco cuero que se desvanece  
al mero tacto de las horas solo  
acá en su oficina

(esto mismo, ya, serenamente  
aunque duélanos decirlo)

(estas propias palabras, este oficio  
que pregunta sin pausa quién qué cuándo  
y cómo y por qué cosa el cuero al tacto  
y ya desvanecido)

*(me sale espuma)*

pero quién sabe qué la agonizante lengua  
sí no la propia lengua desarmada

pero quién sabe dónde ese lugar que es otro  
pero quién sabe cómo cuándo qué carajo

(si no entonces qué es este pretérito sombrío  
del mismísimo verbo que se desconoce  
en la mañana bruta en que nos hemos ido  
a fecundar quién sabe qué avechuchos tristes  
en el paisaje impropio  
de la página ajena

o el paisaje es ajeno y la página impropia  
en el propio poema que se desconoce  
la insalvable lengua  
en que nada se dice o solamente  
se dice la distancia)

*(lo que no fue)*

lo que jode  
es la oscura tentación de haber estado  
en parte alguna pero ahora mismo  
más que nunca en el lugar horrible  
que llamábamos casa al descubierto

lo que jode es la mudanza idiota  
de la ciega memoria de ese sitio

lo que jode, te digo, es lo que queda  
del pasado en el pedazo incierto  
del papel en que lo estás nombrando  
para quebrarle el hipócrita silencio  
a la memoria misma  
de aquello que no fue  
pero se ha ido

*(lo mismo que nada)*

dejar hablar al amasijo informe  
al bulto ciego  
a la alimaña

que te llene la página de cagarrutas

para hendir las ardientes entrañas  
abrir la herida ácida  
y soltar el chorro  
palabra por palabra

es lo mismo que nada, es lo mismo  
que obligarlo a callar

*(un desolador deseo de esconderse)*

escribí tanto la palabra piedra  
—la palabra puerta—  
que la veo a ella solo cuando solo  
me veo en el espejo

escribí tanto  
la palabra espejo

escribí tanto

(y ahora es este muro la palabra misma, enferma,  
que se aprieta a la lengua, y ahora es esta lengua  
enferma la que se cancela)

*(el enemigo)*

no soy quién, tan solo, o nadie  
en el titubeante acto de nombrar, nombrándote:

qué lejos en la hora, nos decimos  
este repartido mineral, el otro cuerpo

animal mío, y permanente, el enemigo

*(mañanero)*

vete, vate, a desarmar el rebozo  
de la amada, entre palabras  
que arden en el tacto —vete  
a tocarla fieramente esta mañana

déjate de vainas

súbetele, canta

*(del deseo)*

estarse quedo en el pequeño pozo de la noche

estarse atando

este silencio a los cerrados labios, esta soledad  
a las manos y al rastro de las manos

y estarse en otro cuerpo mientras caen  
serenamente misteriosas palabras, voces sin cálculo  
a poblar lo que fuera un espejo, esa nocturna piel  
de los iguales, en número desnudo

(besa, he de decir, el nudo árbol  
míralo crecer —único y tenso— de la sangre que palpita  
en un cuerpo entonces desherido: abre los labios ciegos  
y besa la nervadura hasta que tiemble  
un pequeño final acariciante, alzado  
para que sea uno este deseo uno  
y última quietud su posesión, adentro tuyo)

## Migraciones

*Viajas en tus palabras  
Y tus palabras viajan*

Rodolfo Hinostroza

### 1

(Ha de ser el animal lo que camina  
sobre esta millonésima, indiferente al paso  
y sin embargo infinito, detenido en sus emociones  
—emociones ambiguas las de una incierta lengua  
acostumbrada a nombrar, químicamente, su ceguera  
y a ver en el espacio la velocidad  
de su propio viaje trasmutado  
y trasmutante—).

Pero no digo nada. Solo la luz existe, o parece existir  
en esa multitud de vibraciones y partículas  
dibujando las formas del cuerpo que la rechaza;  
*aunque la luz más hermosa es la que no puedes ver,*  
quizá por eso mismo —la que solo imaginas  
en la evidencia inconstante de su desplazamiento  
y en la pálida calma de su refracción:  
el tiempo, digamos, es una curvatura  
que presiona sus leyes sobre lo real; básicamente  
el lomo feroz de una metáfora es el cuerpo  
tocado por su ir y venir sin posibilidad, en un espacio neutro  
pero modificable, blanco como la página  
e idéntico de sí, igual de inerte.

Inerte, exactamente: debajo de su sombra (la que vemos)  
ninguna fuerza actúa a la distancia  
—o la distancia misma, en el bajo tenor de la memoria,  
en su suave textura mineral  
que hace regresar los cuerpos a los cuerpos  
muchos años más tarde, y aunque solo un segundo  
se vacía de sus presentimientos y posterga, simultánea,  
la experiencia  
de estar hablando aquí, oscuramente apasionados  
en la intuición de lo que pudo ser  
y ya no es, y no es sabido—.

Aquello no es sabido, en el desprendimiento de las emigraciones:  
emigrados y tunantes, descendidos  
en el laberinto de las identidades contrarias, en su mísera marcha  
apalabrados, con el vago recuerdo de una hora distante  
—un ahora distante—  
gobernando el movimiento y la correspondencia  
precisando las idas, las venidas  
deseando los encuentros y encontrando, en su música, el deseo  
de lugares fantasmas como islas, de islas abandonadas  
y ciudades que se hunden en la mar presente.

(El amar presente, solo un giro verbal en esta lengua,  
recapitula las pérdidas y los hallazgos, pero nada transforma;  
el pasado, repleto de vacíos, palpita en la violencia de  
un atardecer,  
igual al horizonte, sobredeterminado por su condición).





y fabrican con el tiempo este paso pasado, este peso fugaz,  
su arqueología  
en negociable tensión, en su descenso.

La palabra *comadre*, la palabra *allá*, la palabra *oscura*  
revelan el encierro o la mudanza de sus significados  
que son míos, idénticos, si hablo  
en el quebrado idioma que ellas mismas nombran y limitan  
como cifras agudas, en ángulo violento.

La palabra *posible*, la palabra *tangente*, la palabra *inmóvil*.

Pero no digo nada. Lo que esta lengua calla al pronunciarse  
es el ácido desnudo de su hora, la fácil erosión de sus

memorias y engaños

en el segundo momento del viaje (la palabra viaje)  
y la contemplación equivocada de su inútil distancia.

La palabra distancia

le ofrece pálidos perfiles al error, a la materia  
de su cercana canción y su merecimiento,

ocasionando el idioma que musicaliza y versa

sus barítonos gallos, su asonancia, sus pelados ecos

en un bosque vacío de sonoros signos, de cemento. Es el

bosque

y no el árbol quien comanda los afectos, en reverso recuerdo,

y es la suya, múltiple y tenaz, la partícula que escucho

silenciosamente.

Ese mismo después impertinente y severo

es el haz de los verbos todavía, su fracaso fijo

a la hora de volver, desconsolados, al semántico terreno

de su origen.

Limitados parámetros, palabras, nos lo dicen ahora

en el suave sortilegio de sus inflexiones y sus jugarretas

como si fuera posible acomodar los vocablos

a la hiriente hilera del pasado, a su regreso.

Pero el ido soy yo, repito: pero no digo nada.

Y en esta sombra artera de alejados momentos

se despuebla el idioma, la piel, de su visible hora

y su mapa deshace, y su contorno  
en los frágiles azules  
de la misma cerrazón con que la enfrenta.

(Es el bosque, no el árbol, pero el árbol es cuerpo  
y es el cuerpo el que propone los acentos  
de su ciega materia en la nombrada distancia,  
y es también el cuerpo el que la nombra:  
esa ciega distancia es su presente perpetuo).

Ha de ser, me digo, el animal lo que camina  
en este lado esquivo de fugaces lenguas;  
animal migratorio que recuerda silencios  
y fragmentos audibles en el sueño tenaz, ya desasido  
de toda pretensión comunicante. Ha de ser esta palabra la  
que quiebra  
sus ahora ardidos todavía, y todavía  
en geográficos acasos, el extremo plural de su viaje  
su través en el sentido —el viaje mismo—  
que tenaz, y silencioso,  
en la misma palabra continúa.

## Retorno I

que se deje de ser este tránsito terreno  
el tiempo, la palabra, y que se vaya al carajo  
este ángel roto de plumas y palos

que sea de una vez el suyo este peregrinaje  
y que muérdase la rama, la cola, en la memoria,  
eso digo:

porque ahora estoy aquí, mas nunca se regresa  
y porque todo regreso es a otra parte  
me he venido a decir en una hora marchita  
que la noche es perfecta y los años arrecian su vacío,

y que se deje esta suma, este cuerpo discreto  
en la líquida tentación del arrepentimiento  
y que se vaya a su casa este ángel ardiente

que me deje la piel, la furia, los amigos

porque ahora estoy aquí no significa nada, solo el tiempo  
que nada significa a mi regreso

## Retorno II

1

Acaso padre este cemento en el verano, acaso madre  
esta suma de cristales pobres, en su lógica herida  
(esta ciega mitad, estas mitades puras)  
y acaso yo en el número, la línea  
y acaso yo descienda.

Me miro en el espejo inquieto  
de la calle, articuladamente  
y espero con el cuerpo atravesándose, acechando  
esa palabra a tientas  
que redime aquí su travesía y su detenimiento:  
habitaciones sucesivas  
han hecho este lugar intenso y vano en la pupila  
cerrado laberinto o casa abierta, boca  
de sus cuatro paredes templadas, extremo mineral.

Estoy ahora, acá, echándome raíces en el rastro  
y en la contemplación, con el afecto de los abandonados  
y me hago en esa idónea lengua mi más cruel recordatorio.  
Abundan los llamados, los hijastros.  
En el punto más alto, en esta torre par  
digo que todo se conecta con todo: con sutil tenacidad,  
los ríos desembocan en un mar que no es el mismo.  
El aire claro me permite ver  
los límites precisos de la estancia.  
El ardiente capital no reconoce mi faz, pero respiro  
sus oxígenos puros en la torre harta, apretándole al vidrio  
los ávidos ojuelos arribados.

Contemplo, es cierto, la ciudad desde una altura aproximada  
y la ciudad me ignora con fiereza material.

## Retorno III

### 1

Apalabrado el mineral, duerme la hora.

El tiempo cierra sus pasos animales  
sobre él, como un mar frío.

Míralo ve: a puerto ya cerrado  
se desenreda de sus ornamentos  
como si abandonara ese pulmón rojizo en la ribera  
mientras le llega la noche y se zambulle, solitario,  
en el atraco y en la tos.

Es entonces que sabe cómo duele la miopía  
y llora en miserable alejamiento.

De aquí a ninguna parte, se repite.

Luego ha de cantar:

Yo mismo soy estas mil máscaras iguales  
que se repiten en el incesante juego.  
Yo mismo soy estos abuelos y estos padres, estos medios  
hermanos.

Extiendo, ciegamente, la mano que no toca  
hacia el cuerpo abismado que duerme sin abrazos. Húndola  
en su pecho.

Pero no estamos solos.

Porque yo mismo soy estas mil máscaras iguales  
que convencen al sueño con su geometría, y yo soy esta voz  
que nos alcanza  
palabra por palabra en la piel torpe, en cada órgano suyo,  
en la vaga memoria.

Solo así: una vaga memoria  
en la que se desdice de sus vestiduras.

Es probable, nos repiten, que eso sea todo:  
tensos pasitos en la madrugada  
de un ayer extrañamente inmediato, quieto tu cuerpo  
y en paz imaginaria sobre el mirador.

¿Cómo arden, entonces, estos viejos olores marinos?,  
se pregunta, ¿y cómo puede ahora estar mirando hacia atrás?

¿Cómo puede estarse así, tan separado  
cuando largos volúmenes se hunden en la misma almohada,  
con sudores que acechan, ilegítimos, su sueño terminal?

Recuerdos y palabras, dice, fluyen de la misma herida.  
¿Pero cómo se detiene ante el ácido espejo?  
¿Cómo puede ignorar la cicatriz? ¿Cómo es que soporta el  
latigazo?

Duele el borde, dice, si me miras la espalda.  
¿Pero cómo se rodea, cómo habla?

(La mirada es precisa, pero solo hay abismos  
y voces tercas que te trepan con intensidad.  
Esos libros me insisten el naufragio, delicados, dice  
—y solo puedo en el silencio recordar).

¿Pero acaso recuerdas el paisaje?

Concedamos su mecánica. La sombra le lleva el paso  
a esa pobre claridad; tú sigues en tu asma  
—romántico precoz, acojudado—  
por los húmedos aires del desierto subecuatorial, al que no amas.

(Amas el gargajo, quizás, o su melancolía.  
Y le buscas los ritmos, quedamente, a ese espejo inhabitado  
del que hablabas  
con quietudes y espasmos que te dejan solo  
bajo el vientre, bajo sus arcadas. Bajo verso  
el que convoca la imagen de aquella noche bruta al otro día  
y te abandona de ti en mitad del arenal, contra la extensa playa,  
entre sonidos  
que son, para decirlo, los de la memoria  
en el trópico desvelo recordante, en la resaca).

Concedamos la urbe, el vallecito, ese polvo en el sur.

Y aun de esa manera es una fuga  
y solo eso su nombre terrenal.

Su nombre terrenal, parlante río pobretón y ciego  
de sus muchos veranos simultáneos, de su ola cesante,  
de su panorama.

La música es baldía cuando queda quieto.  
Pero estar, a la distancia, imaginando  
el maizal y la fronda, el frontispicio  
es un acto de amor en el eterno suelo, aunque dudosa  
la mecánica canción en que se le propone, respirada  
de antiguas figurillas y fraseos.

Es un acto de amor  
estar en el silencio y las preguntas.  
Ahuevarse las horas en ese paradero, en la avenida  
y acudir luego sombríos a su encuentro.  
Descender hasta la playa por detrás.  
Enterrar el pico humilde en sus agujeros.

¿Y cómo así, se dice, le transitan  
a ese mismo nombre los minutos perdidos,  
y cómo así le aciertan en la exacta mitad?

En la mitad, el centro mismo, adormecido  
este fragmento de su melodía y de su penitencia:  
dándose en el ojo el esquinazo abrupto  
de memorias precoces, el versículo fiel  
le brinda su ceguera a negociados trompicones  
y lo condena irremediabilmente a los arpegios.

Apuñala el minuto, arrepintiéndose  
y le abre los pedazos a la terca mirada.

Pero no es esta la hora de la recriminación, ni la de los lamentos.  
Hiriéndose un recordatorio, una *saudade*, tirita bajo el ventarrón  
ahora mismo desasido de sus vestimentas,  
cubierto solamente por la máscara, como un símbolo artero.

Enséñale tu rostro desde la ventana, dile  
que los párrafos suman, los cabrones, su procedimiento  
en el centro mismo de la urbe, aquí en la página.

Aquí en la página, se dice nuevamente,  
quizás es la memoria lo que permanece  
en el hilo de sus desequilibrios, en este estar así  
desdoblándole la voltereta interiormente.

Y sin embargo empuja hasta el lugar apropiado  
la entorpecida imagen de los totorales  
y se deja tocar por su melancolía, prematuro  
como si aún contemplara aquel ocaso en el estuario  
y pudiera decirlo, en efecto, entristecido y banal,  
respiratorio, vacío.

Pásale pues la voz, dile la hora  
y que tenso termine su levantamiento.

Que fracase en presente su pequeña palabreja  
y que recoja sus cosas en el momento preciso.

Que se deje de músicas el puta:  
abandónale al paso el madrigal temprano  
y déjalo quejarse quedamente  
en el oído al final, en el oído.

## Desiertos del Perú

*Miré a mi alrededor:  
los condenados  
desiertos del Perú.*

1

Y en aquellos parajes desolados  
era mi sombra la que dibujaba sombras, eran míos los  
labios  
que silbaban, besándola, una música incierta  
y todo aquel lenguaje susurrante, aquellas voces vagas  
eran dulcemente lo pasado, como un inquieto río  
de nostalgias y latidos:

*la quebrada memoria, los patéticos recuerdos de quien nunca fue,  
del que no ha visto,  
deslizándose con suavidad obscena sobre un cuerpo que arde*

en aquellos parajes desolados  
y desiertos del Perú

«Opaco sol, silencios y profundidades, el negrísimo viento  
 que te toca  
 las recónditas rendijas, con toda esta ternura.  
 Niégate a ti mismo los océanos en calma, sal de sus espumas  
 melancólicas, y canta:  
 ¿qué nos queda? ¿en qué piedra a pedazos, en qué restos  
 se suceden letanías, y en qué arena  
 sonidos que te pueblen, dulcísimos errores y nostalgias?  
 ¿Quién acudirá si llamas? ¿Ecos circulares? ¿Vacíos brillando  
 como esferas que no hablan? ¿Voces indignas y fantasmas?  
 ¿El oscuro recuerdo del país, su puñado incomprensible de  
 palabras?»

Entonces, respondí:

*avanza y retrocede al mismo tiempo  
 sueñate  
 llevas signos de amor sobre la espalda  
 pero no has llorado por su peso y no has llorado  
 porque un día saliste de tu casa  
 y era tu casa el infinito  
 desierto del Perú.*

3

La palabra más dura es la palabra que te nombra.  
Un poema se construye con silencios / esta música suena en tu  
interior  
y solo copias sus ritmos y su velocidad.

La palabra más dura es la que no te nombra.  
Un poema se construye con silencios / esta música no suena en tu  
interior  
y no puedes decirlo, aunque lo sepas.

Mírate bien, poeta: afectos como cicatrices  
sobre la piel del mundo y sobre tu propia piel,  
parejas de palabras sin sentido, un himno ilegítimo e idiota,  
¿es todo lo que puedes recordar?

Entonces, respondí:

*Por más leve que fuera, la sombra me poseía.  
Pensaba en mi país como en el canto de la gallina  
y lo dejaba correr sobre sus propias ausencias inenunciadas, oscuras,  
profundísimas.*

*Pero ahora estoy aquí.*

*Y todo lo que veo es el litoral interminable, el perfil superpoblado  
de la costa, los letárgicos desiertos y las carreteras  
infinitas y desnudas bajo la neblina.*

*¿Qué importa, entonces, cuál palabra me nombra y cuál palabra  
es apenas un sueño como una estaca, un recuerdo  
en estos condenados arenales del Perú.*

Aquí estabas entonces, quietado  
bajo las ciegas sombras y el paisaje subecuatorial, su leve tacto  
recorriéndote a solas, detenido y perfecto, contemplando  
sus atardeceres y sus cantos en la arena sin fin

y otro dulce cuarteto, sin embargo,  
era su alegoría y su laberinto, otro pareado  
su lenguaje secreto, su secreto animal: hermoso es el silencio  
del viento, me dijiste

y no lo oigo / hermoso es el silencio  
del desierto inabarcable y el trino del cormorán,  
bello su vuelo guanero, su plumaje danzante y su caída  
definitiva sobre la humedad / hermoso es el silencio

del desierto, sus pálidas sombras y sus amarillos  
desafiantes, en sincera desnudez: como la tuya .  
y en aquellos parajes desolados  
toda voz era un signo y una historia

enmudecida, un pasado  
de arqueológicos dolores y melancolías, tibio trozo  
de memorias ausentes y peruanas en el arenal, idénticas al verso  
y al reverso de su propia, inconfundible soledad;

toda voz era un silencio y sin embargo  
otro dulce cuarteto te poblaba, como el sueño

de una lírica indecente pero actual,  
afónica, posible

solo aquí, sobre ti mismo y sobre tu desierto  
de imágenes que son ideas, de ideas que son símbolos, de sombras  
que son sombras y se mueven, lentamente,  
hacia tus plásticos recuerdos sin evolución

y sin paisaje, inmóviles  
en su tibia transparencia y su hipermetropía, en su infinito  
cansancio y en su ambiguo dolor / pero hermoso es el silencio  
del viento, me dijiste

y hermoso es el desierto en la memoria, bellos  
sus geométricos vuelos, hermosa su desnudez, y sin embargo  
otro dulce cuarteto te nacía en las arenas  
de su voz inextinguible

aunque imprecisa, breve ruido  
intacto entre las sombras que enmudecen  
y terminan:  
aquí estabas entonces, quietado

bajo estos infinitos silencios del Perú,  
la suma de sus pasados y sus arqueologías,  
y era tu voz ese pálido desierto en la memoria  
y era ese desierto

todo lo que entonces podías recordar;  
y era ese desierto desolado lo que estabas recordando,  
como un sueño, solitario y ausente,  
en estos condenados arenales del Perú.

Entonces, respondí:

*La soledad es solamente una metáfora  
en medio de esta playa inabarcable.*

*El litoral es una circunstancia límite, y el paisaje está en blanco.*

*Nadie está aquí, me digo, sino en ninguna parte:*

*estamos parados en el centro de lo que no pudo ser*

*y he dejado correr mi sensatez y mis endecasílabos*

*en una sucesión de íntimos finales disonantes, la fría desnudez de su metal  
en un lenguaje que brilla por su severidad (o por su ausencia).*

*Un mundo construido para repetirse cae contra la página, y otro mundo nace  
en lo fugaz*

*de su vacío, extendiendo los brazos*

*hacia un horizonte sin fin. Tengo miedo*

*y me veo temblar ante los infinitos desiertos del Perú,*

*pues ni toda la extensión de la palabra ha de bastar para nombrarlos.*

*Estéticas y mimetismos se suceden en el arenal. Estar aquí*

*es inevitablemente un espejismo*

*de repetidos cero y todavía, mientras crecen*

*las sombras como los recuerdos sobre el litoral.*

*Sí, estamos parados en el centro de lo que no pudo ser,*

*escuchando una música idiota y entrañable / y sin embargo*

*un soliloquio peruano se alza sobre sus propias imágenes*

*para sonar, distante y despoblado, en física armonía con la desolación,*

*y esos mismos desiertos se convierten en su cicatriz*

*y su palabra, abriéndole fronteras al llanto*

*para volver, otra vez, sobre sus pasos*

*y solo así permanecer: y permanecen, entonces, los desiertos  
en el centro de lo que no pudo ser, y nada niega  
su viaje inacabable, mientras viajo  
hasta su corazón con esta torpe música en los labios, y construyo  
el recuerdo de su melancolía con palabras:  
hay entierros y mentiras en el arenal, hay un horizonte  
y una página ciega entre sus sombras; sin embargo*

*no he llorado por su peso y no he llorado  
porque un día salí de nuestra casa  
y era nuestra casa el condenado  
desierto del Perú.*

## Correspondencias

*(poética del otro)*

*para Xavier Echarri*

Juégate la lógica, compadre. Escúchate a ti mismo  
hablar de nada —del objeto sudor, del oro de los tontos,  
de la fuga  
insectívora en su punta mineral,  
que no te hiere todavía—.  
Y que no te hiera el ocaso todavía: asciende  
a la impávida ciudad a media tarde,  
entre sombras en trozos que desdican su conjugación  
y se cierran sobre un punto problemático del cuadro.

Ahora mismo nos dejamos de cosas.  
Idiómate el espejo, lengua afuera,  
como si acariciaras la pequeña bestia, su lomo desolado y  
palpitante,  
en humedad de sueño  
pero no con esa mano enternecida sino con su reverso  
de piel como franela, con pelitos. Una a una  
cuenta las fronteras interiores

y las exteriores, y las que se atraviesan.  
Significate un poco, oblicuamente:  
con la furia discreta de un mar abandonado a la memoria  
detente en el momento de saltar sobre el abismo.

Acá están, entonces, las arcadas y los pasos.  
Esta es la ciudad, te digo y me lo dices, del oscuro predicado  
y del peatón.

Sin embargo, me estoy hablando a mí continuamente  
en el pasado esfuerzo de escucharme los follajes  
que insisten, de hojas blanquecinas y pendientes,  
en hacer la muda química del mapa  
en músculo telar por sus palabras llanas, esas  
que se quedan afuera de la geografía  
y se reducen a cero mientras tanto.

Porque al cabo el movimiento es la caída, si hemos de ser  
francos,

en diagonal transparente sobre el órgano que ruge  
o calla, complacido.

Y al cabo el movimiento es la caída  
del cristal en el cristal, de la curva en la curva, y la distancia  
es solo la distancia que separa los bufidos  
de su propia parábola cabal, el deshonesto cerrojo de la boca  
indiferente al contorno de las cosas así empuñadas  
y tan tarareante, con su aleve persistencia en el error.

¿Quién lo dijo primero? (¿Acaso hay que saberlo?).

Herido muchas veces en el calculado contrabajo, hago lo que  
puedo por quebrarlo;

todo lo demás puede esperar. Música manada  
del conjunto de pechos circulares que componen  
una alegoría sin dolor: déjala estar así, dormidamente  
sobre su asfalto rugoso hacia el final.

Y acá están, entonces, los cartílagos bordes  
de una respiración vegetativa, pues en silencio se cierran  
los pétalos posibles sobre un mundo mortal  
como párpado azulino sobre el ojo de la fierecilla  
que calza, acumulada, los zapatos sin nudo de su vida interior.

¿Quién lo dijo primero? El de antes, tal vez nosotros mismos.  
Si esa fuera la respuesta, el paso sería su pasado  
convirtiéndose en un himno impracticable, y esta, en efecto,  
la ciudad

a la que entran los tímidos océanos espejos  
en un golpe de luz que te calienta  
la pierna, mientras callas.

Pero no dejes que te hiera todavía:  
tósete el atraco en la garganta del experto trino  
y expúlsatelo así, con ácida saliva  
encima de la sábana que cubre, o que descubre, su vello  
material.

Porque tal vez, me digo y te lo dices, no haya que saberlo.  
Policroma la sombra en todo caso, aunque no mires:  
su huella es en tu piel que se avvicina  
y su tacto parecido al animal.  
Falla la geología: pásate el vientre, y el vino, y el después.  
Espejos homicidas, aquello que quisieras ver  
en el lado secreto de la cuenta, solo a gotas  
y aún así llamándote a gemidos inaudibles  
en la curiosidad de su desolación.

(Visceras, sí, pero con la cabeza: ármense las aves migratorias  
antes de tocar el hemisferio de su predilección, pues ese es el  
sentido de su vuelo  
que se deja caer sobre la hora, y se deshecha).

¿Y a qué hora me arrepiento de la madrugada?  
De alguna forma hay que decirlo: este pozo polar  
es la palabra cercenada de los fríos avellanos, en pos de su  
testigo.

Acá están, entonces, los dilemas  
sobre trozos de un cuerpo. Mírate en su superficie,  
mas no dejes que te hiera todavía  
con su dulce violoncello el corticoide.

(Una mañana se levanta, vigilado, el acróbata indeciso.  
En su ombligo tardío está el centro de la aurora, como un ojo  
que depende de su trama para ser lo que es.  
Escúchalo posar, ya que no puedes verlo,  
en diálogo con la devoradora, el lírico boludo  
mientras quiere caer y se detiene  
como un péndulo pelón sobre la marcha:  
ya, ahora mismo, nádate a su encuentro).

De pie frente al paisaje, o a su espalda: ¿acaso hay que saberlo?  
Mayúsculo será el encontronazo  
del cazador con su hipótesis, me gritan en la cueva.  
Pero la cueva es mía, o tal vez lo haya sido, y es probable que  
esta sea la ciudad;  
navigale, por eso, la piel a los alcoholes, poro contra poro,  
por la lágrima que no se queda quieta, su desierto velamen  
apartado del mundo  
y su mundo de azules contrapuestos, y amarillos.

Acá están, entonces, los trapecios y las arpas.  
Yo mismo me deslizo hacia la bocamanga  
suspenso sobre el canto de la muela, mordiéndome el espejo  
hasta el final.

Biseles en el cráneo que se lleva bien, piel a piel en su  
mejor momento:

lo que miro es lo que es, o lo que puede haber sido.

Esta hora te araña un lengüetazo, me dices, con precisión  
animal;

Este fruto se corrompe con polvillos, te digo,  
en el cúmulo cortante de su equivocación.

(Asiduo planteamiento del problema, con quiebres repentinos  
en la voz.

Falla del cuerpo, aunque no pueda ver: el bicho muere  
colgado finalmente de su respirador, y el ágil se desnuda en el  
intento).

## Índice

<i>Amigos míos...</i>	7
(cuáles horas)	8
(identidad)	9
(me sale espuma)	10
(lo que no fue)	11
(lo mismo que nada)	12
(un desolador deseo de esconderse)	13
(el enemigo)	14
(mañanero)	15
(del deseo)	16
Migraciones	17
Retorno I	29
Retorno II	30
Retorno III	34
Desiertos del Perú	42
Correspondencias ( <i>poética del otro</i> )	49

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE  
TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA  
PASAJE MARÍA AUXILIADORA 156 - BREÑA  
Correo e.: [tareagrafica@terra.com.pe](mailto:tareagrafica@terra.com.pe)  
TELÉF. 424-8104 / 332-3229 FAX: 424-1582  
NOVIEMBRE 2004 LIMA - PERÚ

## Otros títulos de esta serie

RICARDO SUMALAVIA  
*ENCICLOPEDIA MÍNIMA*

FELICE IANUA  
*CUADERNO DE ULTRAMAR*

ALEJANDRO SUSTI  
*CASA DE CITAS*

CÉSAR SILVA SANTISTEBAN  
*FÁBULAS Y ANTIFÁBULAS*





Foto: Rick Aguilar

JORGE FRISANCHO

Desequilibrios

La relación entre el hombre y su lenguaje, la capacidad de las palabras y sus significados, ha sido en la obra poética de Jorge Frisancho, *Reino de la necesidad* (1988) y *Estudios sobre un cuerpo* (1991), un espacio de crisis y redención. Luego de un largo silencio, esta última entrega, el libro de poemas *Desequilibrios*, nos ofrece una voz poética en tensión, vigorosa, que añade a su universo la oscilación y el extravío.

ISBN 9972-42-669-



9 789972 426698